Chico
Autor: Manolo Campa

El perro de mi hija mayor es enorme. Pesa ciento doce libras distribuidas en un cuerpo musculoso y una cabezota impresionante. Es un formidable "bulldog" americano con un nombre asiático. Le llaman "Yei-Ti". Es buen guardián. Su ladrido es imponente al igual que su aspecto. Pero con los niños, a los que está acostumbrado a tener a su alrededor, es alegremente juguetón. Disfruta dejando que ellos sean rudos con él y siéndolo él con ellos. Sin embargo, cuando juega conmigo lo hace con suavidad como sabiendo que los muy mayores son frágiles y hay que tratarlos con delicadeza.

Frecuentemente lo que estoy viviendo en el presente me hace volver a momentos similares de mi pasado. Así, "Yei-ti", el perro que disfruto en mi senectud, me recuerda a un gran amigo perruno de mi infancia. Lo llamábamos "Chico". Era el perro más popular de mi barrio. No era muy grande, de color canela; ágil, ni gordo ni flaco, se veía saludable y sobre todo feliz. Era de raza indeterminable, lo que el vulgo suele llamar "sato". Yo tenía la impresión de que era mío, pero lo mismo pensaban mis amigos. ¡Era de todos!

Los sábados nos acompañaba al juego de pelota y le dábamos granizado. Le gustaba que lo acariciaran y le gustaba más cuando tenía a varios de nosotros a su alrededor. No ladraba para llamar la atención, movía su rabo largo vigorosamente, con alegría. Se paraba en sus patas de atrás y con su cabeza nos quitaba la gorra. Los domingos, a la salida de la Doctrina, nos esperaba en el parque frente a la iglesia. Ese día hacíamos una "ponina", cada uno ponía un centavo y le comprábamos algodón de azúcar. ¡Qué alegre se ponía y que bien usaba sus patas delanteras para limpiarse el hocico!

Recuerdo cuando por las mañanas me recibía a la vuelta de la bodega, dándome los "buenos días" haciendo girar su rabo alegremente. Me parece que cada día me hacía saber que me quería más que el anterior. Cuando me acompañaba en el camino hacia la escuela, me parecía que con sus ojos me decía: "me gusta caminar junto a ti". ¡Cuánto me gustaba sentir el calor de su costado en mis piernas y cuanto me gustaba pasar mis manos por su lomo!

Aquel perro es algo más que un recuerdo de mi niñez. En él veo el ejemplo de un triunfador, un conquistador de corazones, un bienvenido en todas partes. Aunque vivió una "vida de perro", logró lo que se propuso: ser querido y alimentado por todos.

EN SERIO:

Es cierto que una cabellera bien cuidada produce una apariencia agradable. Pero la cabeza sirve para algo más que para poblarse de pelo. En ella los pensamientos producen las intenciones y las ideas llevan a las acciones.

También es innegable que la cabeza-inteligencia necesita más cuidados que la cabeza-cabellera. Alguien escribió con la santa mala intención de ponernos a pensar: “Los pueblos y los hombres, al igual que los peces, se pudren por la cabeza.”

La lectura es alimento o veneno de las mentes. La buena lectura nos nutre de saber. La letra podrida solamente nos hace perder el tiempo. El hombre que busca criterios e ideales nobles y firmes, puede encontrarlos leyendo, pero leyendo solamente lo bueno, mejor aún, leyendo solamente lo mejor.

Y lo bueno, lo mejor, es lo que inspira al amor, a la amistad, a la unidad, la ayuda, la comprensión y al sacrificio por el bien común. Nos conduce hacia la felicidad haciendo felices a otros. ¡La lectura de lo bueno alienta el bien y es freno al mal!